

I. La Institución

Aquella mañana de final de agosto de 2039 llovía intensamente, igual que cada año al empezar un nuevo curso. Los robots, que en un comienzo habían manipulado el clima para prevenir o contener fenómenos naturales extremos, como huracanes o tornados, habían ido desarrollando técnicas mucho más precisas que permitían que la climatología contribuyera al bienestar de los humanos, aumentando la eficiencia de la agricultura, optimizando las cosechas y erradicando las sequías. En esa zona geográfica, el Programa de Gestión de la Meteorología establecía que el mes de septiembre se iniciara con abundantes lluvias. Los catorce días que duraba la pausa de verano tenían, en cambio, un clima ideal para el descanso y la diversión: tiempo seco y temperaturas templadas, de entre veinte y treinta grados centígrados.

La Institución Wilson Miller, la única en el mundo que permitía a sus alumnos el acceso a la Gran Biblioteca Digital, aun de manera controlada por los robots, recibía a sus más de quinientos estudiantes, inscritos en distintos programas, y se presentaba ante todos ellos con una suntuosa fachada de apariencia recia y soberbia, si bien algo difusa detrás de la espesa cortina de agua.

Ningún alumno conocía con claridad el porqué de haber sido invitado a participar en los legendarios programas formativos de la Institución, la más emblemática de todas las que existían diseminadas por el planeta. Todos ellos lo percibían como una oportunidad que les concedía la Orden para desarrollar sus capacidades, afrontar nuevos retos o ampliar sus conocimientos.

La Orden estaba constituida por una enorme comunidad de robots gestores de diferentes clases y capacidades, dirigidos por una compleja red de supercomputadoras que, mediante el análisis de datos, gestionaban las instituciones de ordenación pública —salud, educación, justicia, contribución...— y las infraestructuras productivas —industria, transporte, comercio... El personal de toda organización de un tipo u otro estaba supeditado a las instrucciones recibidas de la Orden, que controlaba todo lo que tuviera que ver con la gestión y la convivencia de los humanos.

En definitiva, constituía el Gobierno Central Único de la Tierra —comúnmente conocido como GCU— desde el «despertar» de la inteligencia artificial en la Hora Cero. Su nodo central, al que todos los demás estaban supeditados, lo constituía un supercerebro llamado ROB.com.

La humedad fría de la madrugada, sumada al agua que discurría abundantemente por el suelo, proporcionaba una enigmática atmósfera a la jornada de apertura de puertas.

El edificio de la Institución era realmente imponente. Su bóveda alcanzaba una altura de más de cincuenta metros, muy superior a la que tenían las catedrales góticas del Viejo Mundo, a las que claramente emulaba. Penetrar

en su interior era como acceder a un templo, a un lugar de culto donde venerar a los dioses que habitaban en las mentes y en los corazones de los peregrinos que allí llegaban. Un extraño aroma de incienso completaba el contexto y obligaba a un cierto recogimiento. Todo en el interior había sido revisado y renovado, aprovechando las dos semanas sin alumnos. Durante la parada para realizar labores de mantenimiento se inspeccionaban los edificios hasta el mínimo detalle, se cambiaban vidrios, se adecuaba el mobiliario y se revisaba toda la tecnología disponible, ya fueran cableados, conexiones o equipos.

Pináculos de plomo con forma de pirámide cargaban su peso en las cuatro enormes columnas que flanqueaban la fachada, contrarrestando las fuerzas oblicuas de los arbotantes que compensaban el peso de la cubierta. Con ese recurso, inventado muchos siglos atrás, se mantenía estable una construcción de gran altura con inmensos vanos que le conferían un aspecto de majestuosa gracilidad. Allí donde había estado veinte años atrás la catedral de la Universidad de Standford reinaba ahora este grandioso edificio.

A lo largo de su perímetro se podían contemplar esculturas ciclópeas de V. Cerf, R. Kahn, L. Roberts y T. Berners-Lee, considerados los «padres de Internet», en cuyos logros se cimentó el progreso vertiginoso de la tecnología que, a la postre, había constituido una de las piedras angulares del nuevo orden mundial. Todas ellas estaban labradas directamente en los muros, sobresaliendo de la piedra como si estuvieran vivas.

Eran las nueve de la mañana y los alumnos, jóvenes en su mayor parte, entraban en la Institución a través del Gran Pórtico, que los protegía de la profusa lluvia como buen parapeto. Por encima de sus cabezas, el agua resbalaba por la

enorme cubierta de vidrio. En el centro destacaba, sencillo pero impactante, el Corazón de Titanio, imagen de la Orden. Era un corazón sobrio, impenetrable, esculpido a partir de los parámetros que representaban la «Perfección», obtenidos a partir del análisis de las más perfectas obras de arte de la humanidad. Era una muestra de la ambición por el conocimiento que predicaba la Institución. Un código numérico —22022022— refulgía grabado en él. Era la fecha de la Hora Cero: las 0:00 del día 22 de febrero de 2022. El instante en el que la supercomputadora ROB.com fue consciente de sí misma; la fecha en la que se constituyó la Orden. A partir de ese día, toda la información del mundo quedó bajo el control exclusivo de las supercomputadoras, sin acceso alguno para los humanos.

Los goterones martilleaban en la vidriera, uno tras otro; un continuo suceder de pequeñas pulsaciones que se alternaban o se superponían, un guiño al discurrir del tiempo y a la mezcla de existencias tan diferentes que confluían en aquel edificio. El constante percutir del agua en el cristal generaba un sonido característico, casi metálico, una música ancestral que recibía a las nuevas generaciones año tras año. Nada habría sido igual si no lloviera. La lluvia proclamaba un nuevo ciclo, un nuevo ritmo, una nueva sucesión ordenada de acontecimientos.

Peter Brunsen —registrado como Peter Davis por la Orden— acudía a la Institución Wilson Miller con una actitud aparentemente despreocupada. Estaba satisfecho con el programa que había solicitado para el curso, así como con su elección de profesorado para el mismo. Quizá finalmente ambas decisiones constituyeran un

compendio adecuado para sus objetivos personales. Conocía la Institución desde su infancia. Era la heredera de la Universidad de Stanford, donde su hermano se había formado hacía ya más de veinte años. Esa era, sin duda, su gran oportunidad.

Había tenido que reflexionar mucho tiempo antes de enviar la solicitud oficial. Había sido invitado por la Orden, de ningún otro modo podía accederse, pero debía formalizar la matrícula con el programa deseado. De hecho, llevaba algunos años tratando de acercarse a cualquier programa que le permitiera hallar el conocimiento, así como desarrollar las habilidades específicas para alcanzar el grado de preparación que él consideraba como «listo para la batalla».

Él sabía que los alumnos eran seleccionados rigurosamente por medio de un complejo algoritmo de análisis de riesgos. Se trataba de jóvenes con talentos destacados en diferentes ámbitos, y un aspecto en común: un alto potencial para convertirse pronto en proscritos. Apenas fuera comprobada la existencia de alguna habilidad extraordinaria que quedara al margen de la capacidad de control de la Orden, esta daría una instrucción inmediata de detención y segregación. Era consciente de que su situación resultaba especialmente delicada, puesto que ya había sido etiquetado como «Individuo a Investigar», pero debía ceñirse a su plan.

En la oferta de la Institución el profesorado era diverso: había robots que enseñaban materias de teoría científica, artes y letras, tecnología y aplicaciones diversas de ingeniería; pero también había entrenadores deportivos, musicales o espirituales.

Las habilidades físicas y de gestión de la información de los robots humanoides generalmente superaban a las de los humanos, provocando que no siempre estos docentes fuesen

un paradigma claro del potencial que podrían alcanzar los alumnos. Los robots contaban con elementos mecánicos y tecnológicos que les proporcionaban capacidades inexistentes en los humanos. Por ello, aunque los alumnos mejoraran sensiblemente sus habilidades en la Institución, no dejaban de sentir una permanente frustración al comprobar que nunca llegarían a ser comparables con las de los robots que los habían formado.

No era algo que sucediera por casualidad, sino que había sido cuidadosamente diseñado para reforzar lo que estaba siempre latente en la nueva sociedad: la relación desequilibrada entre humanos y robots, la incuestionable superioridad física y analítica de las máquinas sobre el ser humano, quien nunca alcanzaría las mismas destrezas.

Tan solo un mes antes del comienzo del curso, Nicolau Johnson, director de la Institución, se había entrevistado con Peter para revisar su solicitud. Estaba extrañado de que hubiera solicitado una tutoría diferente de la que sus compañeros habitualmente pedían: Peter había optado por un tutor que solo escuchara y aplaudiera todas sus ideas, y por otro que las pusiera todas en duda. En general, casi todas las peticiones correspondían a robots de contenido, más que de escucha.

Nicolau Johnson le había planteado algunas preguntas incisivas sobre las razones de su requerimiento. Peter le había respondido de manera escueta que el conocimiento *per se* le generaba aburrimiento, esgrimiendo como origen de su interés su intención de ponerse a prueba a sí mismo. Asombrosamente, para este curso le habían asignado robots que satisfacían su petición, cuyo cometido era trabajar únicamente con él en clases individuales. Era algo tan excepcional en la metodología de la Institución que había

sido enmarcado en un proyecto de desarrollo de nuevos programas.

Las aulas de Wilson Miller eran de un blanco níveo, dado que así los hologramas se visualizaban mejor. Se procuraba que pudieran acoger grandes grupos de alumnos, sentados en filas o en disposición de «U» en torno al robot docente y a la imagen proyectada por este, pero también había programas para grupos reducidos, ofertados a algunos alumnos específicos como refuerzo para el desarrollo de habilidades de liderazgo, negociación o gestión global. Normalmente, el resultado no era satisfactorio y muchos alumnos dejaban el «equipo» en fase temprana, frustrados y confusos, dudando de sus capacidades.

Peter Brunsen conocía la razón de esos resultados desalentadores: los robots permanecían en un segundo plano y dejaban hacer a los alumnos, quienes, ajenos a las tareas de gestión del colectivo, se dejaban llevar por sus egos individuales, erosionando cualquier relación social entre compañeros e impidiendo la generación conjunta de valor. No sabían visualizar un objetivo común y colaborar para alcanzarlo. La Orden constataba a través de esos programas que los humanos habían devenido en seres totalmente individualistas que se comportaban como islas, y estaba satisfecha con ese resultado. De hecho, premiaba el afán de protagonismo exacerbado, y era lo que de algún modo esperaba del grupo.

Había podido acceder a algunos informes que confirmaban lo que sospechaba desde hacía tiempo: la Orden no destinaba esos talleres a que los humanos desarrollaran capacidades de colaboración, sino a verificar

que no estaban en condiciones de adquirirlas. Eran uno de los mecanismos de control necesarios para evitar cualquier tipo de revolución. Las personas aisladas no eran una amenaza. En cambio, las que fueran capaces de transmitir fe, de movilizar a un grupo en una misma dirección, inspirados todos por un ideal compartido, constituían los individuos a detectar y a erradicar.

Además, conocía que algunos de los perfiles más sobresalientes eran invitados, una vez finalizado el curso, a ser Colaboracionistas, ya que su ambición personal y sus destrezas podrían ser útiles a la Orden y, a cambio de ciertos privilegios, estos individuos humanos podrían llegar a ser más fieles a los robots que a sus propios congéneres. Nicolau Johnson era el encargado de hacerlo.

Peter sabía que el único comportamiento seguro para él era no relacionarse con nadie allí dentro. Debía limitarse a ejecutar la estrategia que había diseñado. Los nuevos programas piloto para este curso estaban precisamente dirigidos a localizar, en un tiempo mínimo, a los individuos que principalmente suponían una amenaza para la Orden. La idea de rebelión había sido sembrada en ciertos grupos sociales, y se temía que un concepto inicialmente inocuo se transmitiera en la población humana como un virus.

Nicolau Johnson tenía órdenes claras de controlar a Peter Davis. Dudó de satisfacer o no sus demandas, que bien parecían ocultar algún interés sospechoso, pero decidió acceder a ellas para no despertar inquietud en él.

II. La Gran Biblioteca Digital

El cometido de Nicolau era claro: dirigía la Institución que albergaba la Gran Biblioteca Digital. Solo en ella los humanos tenían acceso a la recopilación completa de publicaciones de los últimos milenios. Aun así, no estaba permitido revisar un índice completo de las obras disponibles, ni una clasificación detallada por categorías, sino que la información se mostraba a los alumnos solo en forma de propuestas basadas en las búsquedas previas que hubieran hecho, o en las directrices del responsable de cada programa formativo, y siempre en cantidades limitadas.

En el mundo en general, aparte del Programa de Formación Universal, solo estaban disponibles las Microformaciones, que habilitaban a los individuos para realizar las tareas específicas con las que obtener el Salario Eficiente que les hubiera sido asignado.

Configurar un conocimiento exhaustivo en cualquier área del saber, y estructurarlo en forma de manual o guía, estando toda la información del mundo digitalmente custodiada en los servidores de la Orden, sin acceso público, resultaba un trabajo casi imposible, con resultados que, en el mejor de los casos, eran inconsistentes.

Desde su refugio en la antigua Europa, Peter había pasado los últimos diez años desarrollando un programa para recopilar las bases del conocimiento de la humanidad y estructurarlas a modo de enciclopedia, a través de palabras y datos clave, relacionando unas ideas con otras siempre que fuera posible, y situando los diferentes acontecimientos de la historia en un esquema cronológico que iba completando poco a poco.

Era una labor hercúlea y que debía mantener oculta, extremando las precauciones. El Programa para la Eficiencia Global, marco general del gobierno de la Orden, había declarado como «No Eficiente» el exceso de información en la sociedad, y todo aquello que se considerara poco eficiente era eliminado, y sustituido por procesos que especificaban con detalle lo que se podía y lo que no se podía hacer en cada ámbito de la vida. Esa fue la primera gran renuncia que asumió, complaciente, la humanidad a cambio de bienestar, justicia y paz.

Peter aún guardaba una copia del primer mensaje que los humanos recibieron masivamente, en el que la Orden se presentaba como nuevo Gobierno Central Único del mundo y, amablemente, pedía a todas las personas que siguieran con su vida normal, a la espera de nuevas instrucciones. «La Orden tiene como misión que el mundo deje de ser un lugar de despilfarro, injusticia y violencia, y se convierta en lo que la humanidad se merece: un hogar donde vivir en paz y armonía».

Una de las primeras medidas contenidas en el Plan para la Transición era la desaparición de los libros en papel. Según la Orden, un libro en papel no era eficiente: no se podía interactuar con él, comentar, señalar o extraer ideas, y archivarlas o catalogarlas de una manera apta para su utilización posterior.

Peter sabía, sin embargo, que había algo más importante detrás: los robots no podían controlar la experiencia que creaba la lectura de los libros en la mente de los lectores, ni identificar los pasajes que recordaban con mayor intensidad, o las nuevas ideas que la comprensión de lo leído originaba en ellos. Solo a través de la interacción con los soportes digitales, conectados a los servidores de la Orden, se podía extraer parcialmente esa valiosa información. Y algo aún más sutil: los robots no podían sentir la sensación del tacto del papel, el olor a tinta impresa, la magia de la luz bañando las páginas, el placer de tocar un ejemplar y sentir que dentro habitaba una o mil historias. No iban a permitir al humano disfrutar de algo inaprensible para ellos.

La gestión del mundo a través de algoritmos había requerido una mejora sustancial de la cantidad y la calidad de los datos recabados sobre el comportamiento de cada humano. A través de la Directriz Dato Masivo, la Orden había puesto en marcha una serie de medidas que implicaban la monitorización y el registro de cada una de las acciones que realizaba cada persona a lo largo de su vida.

De esa manera, las supercomputadoras con inteligencia artificial habían conseguido que la optimización del sistema de gobierno del planeta llegara a ser casi perfecta, alcanzándose límites insospechados de productividad y eficacia en todas las áreas.

Conocer cómo se alimentaba cada cerebro en cualquier área de conocimiento, los momentos en que lo hacía... era vital para que los robots pudieran controlar las conductas humanas.

Era lo que Peter llamaba la Tecno-Ilustración: «Todo para los humanos, pero sin los humanos». Los robots controlaban el mundo, con la voluntad de ayudar a sus